

# La juventud castellana: biografía personal y familia

Máximo García Fernández\*  
Universidad Valladolid

El concepto edad comenzaba a proyectarse culturalmente durante la Modernidad. Desde este enfoque, el estudio de la juventud castellana resulta capital. El conocimiento del protagonismo juvenil desde un planteamiento *de civilización* puede analizarse, dentro del marco referencial de las dinámicas familiares, a partir de una serie de biografías e historias personales (extraídas de pleitos, documentos notariales y referencias de época o tratadas bibliográficamente) que reflejen trayectorias universales.

Las claves de una *cultura juvenil* situada en el centro de las relaciones sociales pretéritas (todavía no eje central como en las categorías burguesas contemporáneas) pasaban por desarrollar el *concepto juventud* dentro del *ciclo de vida* familiar en la evolución de aquel universo mental. Desde el estudio de caso, se comprenderán sus comportamientos, modelos de conducta, aspiraciones y educación reglada en su camino hacia la madurez, mostrando sus especificidades individuales y actitudes colectivas.

## De la santidad a la hombría de bien. Valores de civilización juveniles en pugna

Entre el siglo XVI y el XVIII, desde la búsqueda del martirio infantil de santa Teresa al bien educado joven vallisoletano Teodoro, pasando por Ventura Pérez y otros tantos Luisitos, y entre pícaros, mozos violentos o las vivencias, aun barrocas, de Torres Villarroel, cabe apreciar un sustancial cambio del modelo juvenil a imitar y reproducir.

Y es que, aunque las vivencias picarescas parecen desaparecidas durante el reformista siglo XVIII, todavía Villarroel (*piel de diablo*) se escondía bajo el “traje, idioma

---

\* ORCID ID: 0000-0002-3270-3400. Este trabajo se inserta en el proyecto de investigación HAR2017-84226-C6-4-P: *Familias, cultura material, apariencia social y civilización. Identidades y representaciones en el interior peninsular (1500-1850)*; programa estatal de ‘Excelencia’, 2018-2020.

y usanzas pícaras”<sup>1</sup>. Disfrazado de joven sacristán o santero (“treinta veces en una noche”), con tal disimulo andaba que, a la postre, luciría la verde librea de un regimiento, buenas camisas y un par de vestidos que le engalanaban. Nuevos tiempos ilustrados, con sus propias imitaciones andariegas internacionales del *grand tour*, avanzando hacia una –igual de reglamentada– más contrastada contemporaneidad.

Anteriormente, el despertar de santa Teresa “a la edad de seis o siete años” (hasta su orfandad al cumplir los doce tras fallecer doña Beatriz, tras ser bautizada seis días después de nacer aquella universal abulense allá por 1515), solo descubriría a sus cincuenta las moradas divinas (la autobiografía de su *Vida* data de 1562), convirtiendo todas las devociones colectivas de su época en episodios de su propia vida. El relato de su infancia (copiado de las *Vidas de Santos* que ella misma devoraba), una fantasía acompañada de su hermanito y otras jóvenes amigas, ansiando martirios (“y deseaba yo mucho morir así”), practicando el limosneo, buscando la soledad de la clausura, jugando a “hacer monasterios, como que éramos monjas” y “ordenábamos ser ermitaños”. Con sus doce hermanos (luego emigrantes, esposas o profesas) compartiría tormentos moros, miradas hagiográficas, gestas caballerescas, visiones sobrenaturales y fugas frustradas. Con dieciséis y luchando contra los atractivos mundanos (aun “enemiguísima de ser monja”) fue obligada por su padre a entrar en el colegio agustino local de Gracia, para pasar ya mayor de edad y tras una agónica enfermedad a La Encarnación de Ávila<sup>2</sup>.

Ruín, buena lectora, con padres temerosos de Dios y devota de Nuestra Señora. Así se definía Teresa de Cepeda y Ahumada en su *Libro de la Vida* (capítulos 1, 2 y 3). Tanto su padre, piadoso con sus criados, como su madre, de preclaro entendimiento, virtuosa, honesta y “su traje ya como de persona de mucha edad”, murieron ambos muy cristianamente. Ansiaba “los bienes que leía haber en el cielo”. Su tierna niñez discurriría entre rezos piadosos, lecturas sacras, grabados de degolladas, rosarios en soledad, rutinas

---

<sup>1</sup> Diego Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras de Diego de Torres Villarroel*, Madrid, 1743 (Madrid, Castalia, 1972). Con una nueva mentalidad ilustrada: “hombres ruines, pero ganándonos la vida con oficios decentes, limpios de hurtos y picardías”; “el vestido negro pero medianamente costoso, de manera que ni pica en la profanidad escandalosa, ni se mete en la estrechez de la hipocresía refinada; el corte de mi ropa es el que introduce la novedad y el que abraza el antojo de las gentes... con otros géneros que, por raros y gritones, publican la prolijidad, la locura y el antojo”, *ibid.*

Véase también: Manuel Sotomayor Muro, *Cultura y picaresca en la Granada de la Ilustración. Don Juan de Flores y Oddon*, Granada, Universidad de Granada, 1988.

<sup>2</sup> El volumen 67, nº 136 de *Hispania Sacra* (julio–diciembre 2015) contiene un monográfico sobre Santa Teresa coordinado por Ángela Atienza López. Véase: Jesús García Rojo (ed.), *Teresa de Jesús. V Centenario de su Nacimiento. Historia, Literatura y Pensamiento*, Actas del Congreso Internacional Teresiano (2014), Salamanca, Diputación de Salamanca, 2015.

caritativas e imperfectas construcciones eremíticas. Su imaginación en imágenes. Huérfana, se encomendó a la Virgen soberana para reformar su recién estrenado uso de razón leyendo nuevos textos edificantes. Entre sus pecados juveniles (temor mortal) previos a su recato: “comencé a traer galas y a desear contentar en bien parecer, con mucho cuidado de las vanidades del mundo”; eran los peligros de entrar en la edad de criar virtudes, evitando todo trato liviano. Entre aficiones, niñerías y nonadas (“que se va nuestro natural antes a lo peor”), no pudo alejarse de la afición a pláticas y conversaciones, vanas querencias y únicamente perderse en las honras mundanas; que las malas compañías dañan y atormentan, “en especial en tiempo de mocedad”, entendiendo el provecho de las virtuosas. Superó malicias, cegueras e inclinaciones, aborreciendo después el peligro de aquellos pasatiempos deshonestos entre secretos disimulos colegiales. En ocho días allí encerrada, contenta, “procuraba confesarme con brevedad”. En gracia y con recato, en su primera juventud, todavía le seguían desasosegando las tentaciones del demonio, aunque gracias a algunos buenos consejos monjiles iluminaron sus engaños y despertaron sus piadosos deseos, desterrando las costumbres pecaminosas y deseando las cosas eternas; que en aquel año y medio “mudé a tener más amistad de ser monja”, practicando discretos romances contra la vanidad terrena hasta tomar los hábitos camino de su afamada santidad<sup>3</sup>. Una senda ideal.

También por entonces, las calamidades (“la gente común anda desnuda y sin tener con qué se cubrir”) y las crisis agrarias desataron la miseria extrema de la familia de Francisco de Yepes (1530–1607)<sup>4</sup>, obligándoles a emigrar a Medina del Campo para medrar. Separado de sus allegados y acogido por el médico Gálvez, el hermano del futuro san Juan de la Cruz “experimentó su noviciado de trabajos y tribulaciones, y se enseñó a padecer y sufrir”. Muy pobre, tendría diez u once primaveras cuando entró a vivir con su tío, pero “[su mujer] estorbó que comenzase a ejercitarse en las primeras letras y no le dejaba ir a la escuela... antes le hacía ejercitar oficios humildes y bajos de dentro de casa”. Una triste infancia de desapego juvenil (de allí salió “dejando parientes y vanas esperanzas”) hasta su mayoría de edad a sus 18 (“tiempo en que ya el hombre tiene perfecto entendimiento y libertad para escoger [lo mejor]... que el demonio, animando los bríos de la mocedad y sangre nueva, daña mucho las almas”), cuando pasó de una pícara mendicidad a las disciplinas, prácticas caritativas y ayunos; y a contraer matrimonio (“ordenó su buena madre casase, pareciéndola que por esta vía asentaría y huiría de las ocasiones que los pocos años suele el mundo acarrear”).

<sup>3</sup> Teófanés Egido López y José Jiménez Lozano, *Sobre Teresa de Jesús*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2015.

<sup>4</sup> José de Velasco, *Vida, virtudes y muerte del venerable varón Francisco de Yepes*, 1617; Ana Díaz Medina (ed.), Salamanca, Junta de Castilla y León, 1992.

Próximo a los 22, su corto rendimiento escolar le condujo a aprender el arte de tejer, además de servir a varias señoras como escudero para tener otra ayuda de costa con la que mantener a su progenie: aquellos sudores laborales de tan modesto criado y artesano manual exaltados como ideal iniciático de conducta modélica de venideras – codiciadas– santidades, “para dar ejemplo a todos y evitar la ociosidad, que es polilla de muchas ánimas”.

Por el contrario, patrón arquetípico del tunante, la vida picaresca fue respuesta colectiva muy popular. Un acontecimiento cotidiano, a la par literario y real. Chiquillo de nueve o diez años, Hernando, era sobrino del racionero de Segovia Pedro Martínez de Ayllón<sup>5</sup>, quien asumió su cuidado y le recibió en su casa; que no sería “otro de tantos niños de los echados a la Iglesia” ni un golfillo entregado a tutores negligentes, decía. Su prometedor futuro, ser mozo de coro en su catedral, donde andaba ya de monaguillo; de hecho, un ladronzuelo desde que tuvo uso de razón. Con otro amigo, que “se conocieron de muy pequeñitos, y anduvieron a la escuela y al Estudio de gramática juntos”, sisaría unos ropones a sus compañeros con apenas doce años. Tras el escándalo, fue calificado de “sujeto de mala nota y mañas”, alcanzando sus dieciocho primaveras entre hurtos menores, cuando le colocaron a aprender el oficio de dorador; después un maestro pintor vallisoletano lo tomaría por oficial... alejado de su Acueducto. El tiempo transcurría y pensaban que el matrimonio haría de él un hombre cabal, lejos de estupros y galanteos, de perdularios, criados, escuderos, menestrales y oficiales... estafadores, ladrones y truhanes. Aun así, cuando rondaba la treintena seguían tachándole de “malas manos” que “no goza de buena opinión”. En septiembre de 1590 desapareció una lámpara de plata de la seo segoviana. Inculpado y preso. Inocente: ¡solo admitía ocho cargos de los veinticuatro imputados! Condenado, injustamente, por aquel sacrilego robo (ahorcarían después al verdadero culpable), pero “su fama desde rapaz”... Bullas mozas. Protegidos o vagando–sobreviviendo pobres por las calles. La universalización de tantos jóvenes pilluelos se materializaba en las fuentes documentales o en el pícaro *Buscón*, cuando sus primeros pasos formativos no fueron nada edificantes<sup>6</sup>: comprada la cartilla y hablado el maestro, fui a la escuela; me recibió muy alegre, alabando mi cara de persona aguda y de entendimiento; “ganaba la palmatoria los más días; pero me favorecía demasiado, creciendo con semejantes

---

<sup>5</sup> Rafael Ródenas Vilar, *El hombre de la capa verde. Historia de un error judicial en tiempos de Felipe II*, Alicante, Universidad, 2000; Archivo Histórico Provincial de Segovia, Protocolos, legajo 568.

<sup>6</sup> Francisco de Quevedo, *El Buscón*, Madrid, 1626, capítulo III. El dómine Cabra: clérigo y avariento maestro de pupilos afincado en Segovia, con su desastrada vestimenta talar (“teatino lanudo”, “archipobre y protomiseria”); con él estudiaría Pablos y su amigo Diego Coronel; “llamó a lección; oímosla todos... era de tal manera mi hambre que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas”.

caricias la envidia en los demás... que en esas niñeces pasó algún tiempo aprendiendo a leer y escribir”<sup>7</sup>.

Los modelos cambiaban. La viveza del ingenio del hijo de Catalina Rebollo y Antón Zotes promovió su envío a la escuela con un afamado instructor (¡cojo bellaco... estupendo maestro!; que “hasta cada quince días le espulgaba de liendres la cabeza”) asentado en un cercano pueblo de Tierra de Campos. Con aplicación e ingenio Gerundio aprendía de memoria cuanto le enseñaban: “su desgracia fue que siempre le deparó la suerte profesores estafalarios y estrambóticos; formándole desde niño un particular gusto por todo lo ridículo, impertinente y extravagante... tanta impresión provocaron en su ánimo los primeros disparates”. No pudieron nunca “abrirle los ojos” ni apartarle de aquella “mala crianza”. “Bien atestada la cabeza de esas impertinencias, y aprovechado en necedades, leyendo mal y escribiendo peor, volvió a Campazas”. Como “se perdía de vista” aquel escolín, encarecieron a sus padres “le pusieran luego a la gramática, porque había de ser la honra de la tierra”: si le “daban estudios, sin duda llegaría a obispo”<sup>8</sup>. Todavía con diez años, para darle la mejor crianza, por san Lucas el mozo pasó al pupitre de un dómine; otro ¡eruditísimo preceptor!; saliendo de aquella insigne aula “hecho un horroroso latino”, tras “cinco años, cuatro meses, veinte días, tres horas y siete minutos” (recibiendo solamente “cuatrocientos diez vueltas de azotes”). Pasaba el tiempo esperando un nuevo curso para dar principio a las súmulas... hasta que un fraile que pasó por la casa convenció al mancebo de que “en el mundo no había mejor vida que la carrera de predicador, que la del púlpito era muy descansada y lucrosa”. Aquellas frioleras metieron al crio en el cuerpo la vocación, pasando a manos de un devoto y pío noviciado. Y profesó sin que le faltase voto, “siendo enviado luego a estudiar artes a otro convento”. Letras, libros y educadores claves juveniles ya mediado el siglo XVIII.

No todos los jóvenes gozaban de mala fama, como bien reflejan los ritmos vitales cotidianos de Ventura Pérez. Contaba doce primaveras cuando entró de monaguillo, en 1715, en la catedral vallisoletana<sup>9</sup>. En sus alrededores se instruyó con don Francisco Muñoz, cura que “largo tiempo enseñaría la doctrina cristiana a innumerables niños”, educado “de limosna” en “leer, escribir y contar un poco, concurriendo a una de sus escuelas de primeras letras para muchachos pobres”. Después, en 1727, aprendería de organista en su parroquia de El Salvador, aunque desde entonces, ya casado, malviviría

---

<sup>7</sup> Capítulo II: ‘De cómo fue a la escuela y lo que en ella le sucedió’; *ibid.*

<sup>8</sup> Padre fray José de Isla, *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, Madrid, 1758–1759; Luis Fernández Martín (ed.), Madrid, Gredos, 1978, I; capítulo V: “Disparates que aprendió en la escuela”.

<sup>9</sup> Ventura Pérez, *Diario de Valladolid* (1885), Valladolid, 1720–1784, facsímil, Valladolid, Grupo Pinciano, 1983.

trabajando como tardío aprendiz de ensamblador en casa de un maestro de obras agremiado local. Al fallecer en 1767 su hijo Juan Antonio, “que Dios goce”, se resaltaba de aquel estudiante teólogo: “fue mozo de vida ajusta y genio colombino”; igual que en mayo de 1787<sup>10</sup>, a esa misma edad de 23 años no cumplidos, se atribuyó la temprana muerte de don José de Ilisástigui, profesor de la Universidad de Valladolid, “al excesivo estudio hecho para obtener el grado de bachiller en leyes; ¡excesos de la aplicación!”. El mejor patrón de triunfo ilustrado posible: el éxito del examen literario de Teodoro M<sup>a</sup> de Gárate, de apenas siete años, en el colegio local de san Ambrosio; compareció ante la patriótica Real Sociedad Económica de esta Provincia, elogiándose el desvelo paterno en la educación de tal hijo, “propuesto como ejemplo a los padres de familia, excitando a su imitación”, toda vez que “ofreció mucho más de lo que otros de su edad y mayores han prometido en varios certámenes juveniles presenciados en las Escuelas Pías y en los Seminarios Reales de Valencia y Madrid; y habiendo brindado tanto, lo desempeñó como ninguno de cuantos tiernos atletas he visto en semejantes palestras, con la misma serenidad, desembarazo y vigor” que un joven veinteañero; el actuante satisfizo todas las preguntas con igual prontitud y acierto, con universal contento, satisfacción y aplauso de todo el auditorio; se le consideraba “la *IX maravilla del mundo*,... quede monumento de este acto, para que sirva de estímulo de mayores progresos a Teodorín y de norma a otros progenitores, acreditando siempre cuan prodigiosos y admirables son los frutos de la buena educación”; públicamente, el alumno recibió como premio una flamante medalla<sup>11</sup>. Laureles pedagógicos modélicos desde la infancia: loa instructiva.

Más. La colocación de los hijos de las elites emergentes y su ascenso familiares a empleos burocráticos nacionales pasaba por una consciente y sistemática educación infantil en los nuevos centros militares ilustrados<sup>12</sup>. En aquel “aprendizaje para poderlos aviar”, se les sacaba de casa desde muy jóvenes, poniéndoles al estudio, tutelados, custodiados y protegidos por parientes ya bien establecidos. Así, varios hermanos de no pocos solares vascos y navarros, en cuanto cumplían nueve o diez primaveras, enviaban a sus vástagos a esos hogares —extraños— sitos en Madrid o Cádiz. Siempre atentos a ganar un buen destino futuro, dicha relación de patrocinio y promoción entre tíos y sobrinos fue determinante entonces. Sebastianicos, Juanicos y tantos otros Luisitos del valle del Baztán... instalados, vía intermediación e influencia colateral, en la corte, en el ejército, en la administración o en la Iglesia, generando reconocibles sagas parenterales

---

<sup>10</sup> José Mariano Beristain, *Diario Pinciano (1787–1788)*, facsímil, Valladolid, Simancas, 1978, p. 179.

<sup>11</sup> *Ibid.*; marzo y abril, 1787, pp. 99 y 107-111.

<sup>12</sup> José M<sup>a</sup> Imízcoz Beunza, “El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las elites vasco-navarras en la Monarquía borbónica”, en Francisco Chacón Jiménez y Juan Hernández Franco (coords.), *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, Universidad de Murcia, 2001, pp. 93-130 (95, 103-106, 121-123 y 127).

en cualquier ámbito de poder. El destino de Luis Gonzaga en la Academia de Artillería de Segovia resulta ejemplar. Afecto, medro y dependencia se unían en la consecución de unas trayectorias de linaje a la par que personales. En 1783, con nueve años y medio, había entrado en el Seminario de Vergara, de donde saldría con catorce en 1789; cuando optó entonces por la carrera militar solo ingresaron once de los 150 candidatos tras un competitivo proceso de selección; él lo lograría a sus quince como brigadier y caballero cadete de la compañía segoviana, alojándose previamente con un canónigo de dicha catedral y amigo de la familia; rodeado aquellos cuatro cursos por otros allegados muy próximos e interesados en su progreso. Unos avances proyectados desde la niñez.

Constituyó una política de inversión en la promoción de aquellas descendencias masculinas por el camino de una educación y saberes prácticos “para que acá se haga hombre”. Ejercitados en letras y cuentas podrían medrar y prosperar: “muchachos de buenas costumbres [prendas] y aplicación... entrando con afición al estudio”. Todo lo cual suponía una inversión relativamente costosa, reproducida con cierta cotidianeidad generacional. Adquiriendo desde la niñez una serie de pautas de comportamiento vital socializado para moverse, cosmopolitas, por el gran mundo; formados en sus redes de influencia, “con decencia, pero con prudente economía”; “preparándolos con cuidadosa instrucción en el manejo de la pluma y la aritmética”<sup>13</sup>. Así, Andrés Martínez Murguía dispondría en su testamento que a Joaquín Pérez de Uriondo y Murguía “se le mantenga lo necesario a costa de mis bienes hasta que tenga la edad de 25, dándole la ilustración a que se aplicare, y si en ese tiempo se diere la ocasión de beca en cualquiera de los Colegios Mayores de Salamanca, Alcalá o Santa Cruz de Valladolid, también se le costeen los gastos precisos necesarios”<sup>14</sup>. O, al llegar aquellos jóvenes al neurálgico centro portuario gaditano, solían portar cartas de recomendación para sus deudos ya establecidos en el comercio colonial hacia las Indias, certificando (entre todo tipo de intereses de acomodo y favores filiales) su preparación, servicio y “confianza en la buena índole del mancebo”. En todo caso, la decisión de preparar desde pequeños a los vástagos varones para que pudieran lograr sus colocaciones en la administración estatal significaba el establecimiento de estrategias que asegurasen el destino de unos estudiantes que dependían tanto de los recursos paternos como de numerosos amigos y

---

<sup>13</sup> *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la villa de Bilbao por septiembre de 1775*, Bilbao, 1775, p. 122. Véanse: Silvia Jiménez Martínez de Lagrán, “Redes, educación y ascenso social de los comerciantes coloniales en el siglo XVIII” y M<sup>a</sup> Dolores González-Ripoll Navarro, “Vidas pendientes de una habilidad: Cosme de Churruca y la formación de los marinos ilustrados”, en José M<sup>a</sup> Imízcoz Beunza y Álvaro Chaparro Sáinz (eds.), *Educación, redes y producción de élites en el siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 89-103 y 265-279.

<sup>14</sup> Archivo Histórico Provincial de Valladolid [AHPVa], Sección Protocolos Notariales, legajo 2.444, ff. 1.575 y ss.; 22-IX-1751.

valedores que facilitasen su crianza: razón por la cual (corría 1761), con apenas diez años, los tres primos Churruca formarían parte del alumnado del Seminario Conciliar de Burgos, donde un dominico paisano cuidó de los colegiales, proporcionándoles una firme base moral y de conocimientos (“despreciando pensiones extranjeras y todas las bagatelas brillantes en que otros padres menos advertidos suelen poner su mayor conato para mengua, por lo común, de la nación”), perfectamente mantenidos y supervisados.

Muy diferentes esos ideales juveniles a lo vivido en Zaratán a las diez de la noche del 18 de enero de 1790<sup>15</sup>. En la plaza pública, al lado de la abacería, gritando alborozados, una cuadrilla de mozos solteros coreaba cosas malsonantes y deshonestas; les reconviniere fuesen corteses y prudentes, se recogiesen por ser ya hora y no diesen qué decir, ni inquietasen al vecindario con cantares lascivos; en vez de obedecer, el más altivo, Remigio Álvarez, embozado y con la montera puesta, empezó a echar *ajos* por la boca; intentaron apresarle ante semejante osadía y poco respeto a la justicia; se resistía, dando empujones e hiriendo gravemente a Bernardo Ortega, alcalde ordinario de dicho lugar, y rasgando las ropas de Luis Puras, el alguacil; pidieron auxilio y favor a los demás jóvenes quintos, pero nada hizo ninguno de ellos; Bermejo, el cirujano, certificó una herida no carente de peligro en la ceja derecha del regidor por instrumento cortante.

Pautas también femeninas. Una joven de 16 años se convertiría en el centro de toda la trama presentada por Leandro Fernández de Moratín, en 1806, en su famoso *Sí de las niñas*. Doña Paquita era obligada por su madre a casarse con don Diego, un rico caballero de 59, ignorante de que estaba enamorada de un tal don Félix, en realidad, don Carlos, su sobrino. Un triángulo amoroso para argumentar el tema capital de la opresión de las muchachas forzadas a obedecer a sus padres y a contraer matrimonios desiguales y con gran diferencia de edad. La clave teatral versa sobre la contradicción de Diego respecto a la educación juvenil y la libertad de su elección de estado: criticaba la falsa concepción de la autoridad paterna deseando que Paquita eligiese libremente... , pero en la práctica, protector de su ahijado, cometía los mismos errores que censuraba. En otra de sus obras costumbristas *La mojigata* (de 1804), seguía escenificando el problema social de la instrucción de las mujeres jóvenes hasta lograr una reforma civilizatoria eficaz. La discreta doña Inés debía casar con el figurón don Claudio, mientras doña Clara, hipócrita mojigata, fingía una vocación religiosa deshecha ante unos requiebros masculinos que solo pretendían su dote. “Precisamente en esa edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra, y, por cuanto la razón se halla todavía

---

<sup>15</sup>Archivo de la Real Chancillería de Valladolid [ARChVa], Pleitos Criminales, caja 644,6; 1790–1794.



imperfecta y débil, los ímpetus del corazón son mucho más violentos”, advertía aquel sesentón adinerado al referirse a la juventud como minoría de edad aun sujeta a tutorías.

## En conclusión

Siguiendo al pionero maestro, como lo social<sup>16</sup>, igual que lo cultural<sup>17</sup>, lo cubre todo, la mejor senda para no caer en la herejía y escapar de las garras inquisitoriales<sup>18</sup> era la santidad; pero, en la senda de la tolerancia<sup>19</sup> y para borrar la leyenda negra<sup>20</sup>, toda civilización reformada debía pasar por una constante formación aplicada.

Así, la biografía juvenil (reflejo de trayectorias universales) toma protagonismo en la civilización castellana y en la proyección cultural de las edades del hombre, dentro de unas complejas relaciones familiares y sociales cambiantes: el ‘concepto juventud’, dentro de conductas y aspiraciones personales camino de la madurez, con proyecciones individuales y actitudes colectivas regladas por una educación secularizada, muestra el tránsito ideal del joven santo (también en femenino) al instruido escolar ilustrado.

Gracias maestro, muchas gracias.

---

<sup>16</sup> Ricardo García Cárcel, “Veinte años de historia social de la España Moderna”, *Historia Social* 60 (2008), pp. 91-112.

<sup>17</sup> Ricardo García Cárcel, *Las culturas del siglo de Oro*, Madrid, Información e Historia, 1999.

<sup>18</sup> Ricardo García Cárcel, *Herejía y sociedad en el siglo XVI: la Inquisición en Valencia 1530-1609*, Barcelona, Península, 1980.

<sup>19</sup> Ricardo García Cárcel, “Las otras formas de la tolerancia en la España Moderna”, en Eliseo Serrano Martín (coord.), *Poder, sociedad, religión y tolerancia en el mundo hispánico*, 2018, vol. 1, pp. 25-46.

<sup>20</sup> Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra: historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1998.